



EL DIVINO ENTUSIASMO

Por Ada Albrecht

Tú puedes observar la vida con tus ojos materiales, puedes escuchar sus pasos en el corazón de las criaturas, puedes oírla cantar en el viento, puedes acariciarla en los pétalos de las flores, en la mejilla de los niños, puedes sentirte atraído por el perfume que te ofrece en el vaso níveo de sus jazmines, y puedes, por fin, gustarla en la dadivosa gloria de sus frutos. Puedes, sí, es cierto, observar la vida en todas las dimensiones de las formas. Sin embargo, donde ella logra ser percibida con mayor claridad es en el misterioso vaso canópico de tu corazón, donde Dios ha vertido el vino ambrosíaco de su Amor. A través de las formas que te ofrece el universo puedes gustar, con tus cinco sentidos, el licor de la vida, y puedes gustar el vino del Amor Sagrado si logras conectarte con el Rey y Soberano conductor del sentimiento humano: el Entusiasmo. Los griegos lo llamaban “trance divino”, “inspiración sagrada concedida al ser humano por los Dioses y para los Dioses”. El ser humano poseído por el entusiasmo genera alas y se eleva a lo Celeste, se convierte en música y poesía para depositarse él,

todo entero, para abrazarse él, con toda su alma, a los pies de Dios, su amado, su única Meta, causa de su Ser Infinito. Su entusiasmo lo busca, otea por su presencia y lo descubre en su alma.

Es imposible seguir un Camino Espiritual si uno se encuentra desnudo de ese manto inefable que cubre y metamorfosea las miserias humanas, y que se llama, como decimos, Entusiasmo. Él es varita mágica que transforma nuestra niñez espiritual y convierte a la erizada piedra de las pasiones, con su toque divino, en diamante purísimo. Él extrae de nosotros el veneno de la cobra del mundo, y nos eleva hacia el País de las Criaturas Aladas. El Entusiasmo es música que convierte nuestros balbuceos en canción. Nos da caminos hacia lo alto. Al toque de su mano, nuestras cenizas de criaturas percederas, son transformadas en esplendorosas lenguas de fuego plélicas de luz y de tibieza. Todo lo transforma el entusiasmo, porque él es el abrazo del Señor al ser humano, y lo abraza, para transmutarlo, lo abraza para guiarlo, para otorgarle devoción por lo Bienaventurado.

El que pierde el entusiasmo por el Sendero Divino se transforma en una sombra. Ha perdido la guía de la Luz. Ya no tiene nada. Se ha convertido en un tronco hueco, nido de serpientes, pero ya nunca más, nido de frutos gloriosos, de verdes ramas. ¡Tanto que tememos a la muerte física, tanto espanto

ante el presentimiento del último suspiro! ¿Y qué es ello sino la simple finalización de un ciclo de vida? ¿Qué es ello sino un natural acabamiento? ¿No es acaso peor que la muerte el deambular por la vida sin entusiasmo?

Hay muchas personas que sueñan en su juventud seguir por los senderos demarcados por Pitágoras, Sankaracharya, Cristo... Con el andar el tiempo, ese Divino Entusiasmo ya no encuentra eco en su corazón. El Divino Entusiasmo golpea y golpea las puertas de su alma, pero estas ya no se abren, están permanentemente cerradas. Y... cuando el Entusiasmo se aleja de nosotros, ¡oh Dioses!, el Entusiasmo por construir sendas hacia lo Divino, cuando ese Entusiasmo se aleja de nosotros, es cuando nos volvemos vulnerables a la más trágica de todas la muertes: la del corazón que ya no puede latir por lo excelso, y simplemente late para mantener una vida definitivamente muerta. Porque la muerte no es detención de la actividad de una estructura física; muerte es la detención de la actividad que realiza el alma para ponerse, con todas sus fuerzas, en puntillas, a fin de alcanzar el goce supremo de poder abrazarse a los gloriosos jazmineros del Cielo, gustar su perfume, la gloria de sus flores, sentirse poeta, músico, hoguera bendita, y descubrir que no es de esta tierra, que su Patria Celeste la llama y conmina a crecer por todas las infinitas bocas que posee el Gigante Universo. Una vez muerto el Entusiasmo, ya no se

tiene razón para vivir, puesto que nos hemos convertido en fantasmas. Ya no son músicas los pasos, no somos ya sutiles, nos hemos convertido en piedra despeñada desde lo alto de la montaña, que inexorablemente caerá y se hundirá en las arenas hambrientas, trágicas... las hambrientas arenas movedizas del no ser, no creer, no anhelar, aterradoras arenas del marino humano que en los mares de *Mâyâ*¹, en las aguas cambiantes de este gran océano de la ilusión, ha perdido su rumbo y su brújula. Sin ese rumbo y esa brújula, no temamos morir, porque ya estaremos muertos. Respiraremos como los cactus espinosos, nos meceremos con el viento, como las ramas de la cicuta, pero ya no habrá lugar para la Vida Divina, entonces, ¿para qué aferrarnos a la existencia humana? ¿No es torpeza, no es ridículo sentimiento de temor el que nos impulsa a vivir estando ya muertos?

El Divino Entusiasmo, esa sagrada aspiración a Dios, que proviene del roce de Su mano, ha de hallarse presente en cada instante de nuestra vida. El entusiasmo no puede sucumbir. Debemos permanecer aferrados a él, para seguir existiendo en planos Olímpicos, en niveles de Gracia. A veces, es cierto, la criatura humana cae, y se deja arrastrar por los esclavos paridos por las entrañas de la madre Apego que lleva en su corazón, y a quien ha dado, de muy buena gana, asilo generoso.

¹ La ilusión del mundo, lo transitorio, de acuerdo a la filosofía de la India.

Cuando joven, muy joven, la madre Apego le confirió el regalo siniestro de mil ataduras ilusorias, pero... todo aquello que se ata, también se desata, todo aquello a lo cual nos apegamos, inexorablemente, un día hemos de perder. No permitamos nunca que estas nimiedades, estas execrables impermanencias, nos arrastren hacia la ciénaga que engulle al Caminante Espiritual. No perdamos de vista el Camino, seamos fuertes como los vientos, pacientes para crecer como los robles, no permitamos que el paso del tiempo deteriore el resplandor de nuestro viejo entusiasmo. Hay que construir un altar para él en lo más sagrado del alma, y mantenerlo iluminado con la llama del ideal inextinguible, ideal de Fe en Dios y Servicio a la Humanidad.

La Fe y el Servicio son el único fuego de la vida, la única razón por la que debemos existir. Oremos a Dios todos los días, de la mano del sagrado entusiasmo, y sirvamos a sus hijos todos los días, también de la mano del sagrado entusiasmo. No dejaremos de pasar por inviernos interiores, por rutas dolorosas, por desiertos hirientes: habrá vendavales azotando nuestros pasos al andar, pero habrá también Primaveras más allá de muertes e inviernos. No seamos el árbol muerto del Jardín de Dios, no seamos ese viejo tronco que por auto-determinación decidió arrojar de su cuerpo frutos y flores, cuando todavía estaba con capacidad de abrazarse a la alegría de Crear.

Hijo querido, sortea la tristeza, el pesimismo, y abrázate al Entusiasmo que debe hallarse en ti perennemente, y que Dios Nuestro Señor, te ayude para que te renueves una y otra vez como divino Idealista en todos los tiempos de tu vida.

Del libro Guía para la Vida Divina, Ed. Hastinapura
